

YK

UN

SUSURRO



SCOTT REINTGEN



UN
SUSURRO
TRAS LA
PARED

SCOTT REINTGEN

UN
SUSURRO
TRAS LA
PARED
SCOTT REINTGEN

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2025

Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

Publicado originalmente por MARGARET K. McELDERRY BOOKS,
un sello de Simon & Schuster Children's Publishing Division.

Título original, *A whisper in the walls*.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, mayo 2025

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-10479-82-1

Depósito Legal: CS 352-2025

© 2024 del texto, Scott Reintgen

Ilustración de cubierta © 2024 Bose Collins

Diseño cubierta Greg Stadnyk © 2024 Simon & Schuster, Inc.

Tracucción, Ana González

Corrección, Mercedes Pacheco

Código THEMA: YF

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Kristin Nelson.
Mi campeona desde el principio.

PARTE UNO
El juego

REN MONROE

Era difícil sentirse una invitada de honor cuando nadie quería hablar con ella.

De nuevo, se encontraba en otra fiesta en Las Alturas. Esa noche era la invitada del Gran Emisario de Kathor, y su invitación escrita a mano tenía más calidez que todas las conversaciones que había intentado entablar hasta ese momento.

Hacía una hora que estaba allí.

Se habían llevado a Theo a una sala privada para una reunión concertada con el virrey en persona, y los demás Broods buscaron sus propios círculos de conocidos, dejándola completamente sola.

Ren intentó no amargarse por la ausencia de Theo, ya que sabía que aquella noche era importante. El guardián había anunciado su retiro y había cien estatuas vivientes de piedra esparcidas por la ciudad esperando, ansiosas, la orden de un nuevo maestro.

Cabía la posibilidad de que el virrey le asignara el puesto a Theo esa misma noche.

Ren se acordó de ese momento, perdidos en las montañas, sentados junto al fuego, escuchando a Theo hablar de su sueño. Había trabajado en secreto durante años para lograrlo.

Luego, recordó quién más estaba sentado alrededor de aquel fuego. Cora dormía y Timmons estaba lo suficientemente cerca, como para que sus rodillas tocaran las de Ren.

«Antes de permitir que ambas murieran...».

Apartó ese pensamiento, devolviéndolo a la jaula sombría, en un rincón de su mente. Cogió aire con fuerza e intentó, una vez más, unirse a la conversación más cercana.

La música danzaba entre sus palabras, sin embargo, cuando se acercó, se hizo el silencio. Recibió una inclinación de cabeza educada, un cumplido murmurado sobre su vestido, y, de repente, todos tuvieron otro lugar al que ir.

Era difícil no sentir que aquello era un eco del pasado.

Un año antes, Timmons la había obligado a asistir a otra fiesta en Las Alturas, pero algo más salvaje. Aquella noche, Theo fue el anfitrión. Recordó estar sentada sola en un sofá, bebiendo y observando al resto de estudiantes, que ya se habían asegurado un futuro brillante.

Esa versión de sí misma, ahora le parecía de otro mundo.

Había pasado por tanto: sobrevivir en la naturaleza,

escapar de un *renacido* y vincularse con un vástago de una gran casa.

Y, sin embargo, allí estaba otra vez... sola.

Mientras veía cómo se alejaban, divisó a Landwin Brood. Estaba sentado cerca de la chimenea en el estudio, al otro lado del pasillo.

Cuando la vio, alzó su copa y le dedicó una sonrisa de satisfacción.

Su situación, sin duda, era obra de él.

Obstáculos similares habían surgido, una y otra vez, en los últimos meses.

A medida que terminaba sus estudios en Balmerick, había tanteado posibles alianzas: compañeros de clase, maestros... Cualquiera, pero, incluso los rivales más acérrimos de los Broods, los Shiverians, rechazaban sus propuestas de reunión.

No podía hablarle de esto a Theo. Después de todo, ¿cómo explicaría el motivo que había detrás de su deseo de hacer esas conexiones?

«Verás, necesito a alguien poderoso, que odie a tu familia, para ayudarme a destruir tu casa. ¿Alguna idea?».

Ya era bastante difícil ocultarle sus sentimientos. Su vínculo les ofrecía vislumbres de las emociones del otro, y destellos de sentimientos crudos. Se había vuelto bastante hábil inventando excusas, cada vez que Theo percibía la rabia latente que vivía dentro de ella.

Como si hubiera notado algo, Theo subió las escaleras

con paso decidido. Saludó a su padre, con un leve asentimiento, antes de volverse hacia Ren, con la preocupación escrita en el rostro.

—¿Todo bien?

«Puede sentir mi frustración».

—Sí, por supuesto. Solo me he equivocado con el nombre de una de las hermanas Jamison. No es nada. Estaba avergonzada. ¿Y tú? ¿Cómo ha ido la reunión?

—Confidencial —respondió Theo y, al instante, frunció el ceño, dándose cuenta de lo arrogante que había sonado—. Solo por ahora. Lo siento. Solo ha sido una conversación preliminar. Quería saber algunos detalles de... lo que nos pasó.

—¿En las montañas?

Era una pregunta estúpida. Lo único que les interesaba sobre Theo y ella era eso. Los rumores sobre sus días en las montañas eran muchos; una acumulación de historias que empezaban a convertirse en mito.

—Sí. Más por curiosidad que por otra cosa. Creo... Creo que estaba evaluando cómo manejé a Vega. Asegurándose de que hubiera demostrado la habilidad... —Sacudió la cabeza—. No lo sé.

Se mordió el labio. Se esforzó en concentrarse —ignorando a su padre, que se cernía al fondo—, y fijó la vista en el muchacho inseguro con el que se había vinculado; el chico al que ahora estaba atado su futuro.

—¿A quién más podrían considerar para el puesto?

Los ojos de Theo recorrieron con nerviosismo la sala.

—El guardián retirado tiene un sobrino en la guardia. No es de una casa importante, pero tiene bastante experiencia. La familia Carrowynd tiene una hija, Zell, que posee entrenamiento con piedra viviente, como yo, pero no estoy seguro de si tenían las mismas intenciones que yo, cuando encargamos a Vega. Tradicionalmente, la Corona busca a alguien joven, que pueda ocupar el puesto durante varias décadas. Pero ¿y si ignoran la tradición? Hay generales que serían opciones muy sensatas...

—Sin embargo, ¿eres tú el mejor candidato?

Theo se sonrojó.

—Sí, soy el mejor candidato.

Entonces, estaba bien. Theo ya era poderoso antes, pero en los últimos meses Ren había aprendido sobre la estructura de su familia; estaba a una generación de distancia de la verdadera influencia. Si Ren quería destruir la Casa Brood, tenía mucho que planear, y necesitaría mucha paciencia. Sin embargo, estar comprometida con el nuevo guardián le otorgaría un poder no ligado directamente a los Broods. Aquello podría abrirle oportunidades.

Ren asintió.

—Preocuparte no va a ayudar. ¿Por qué no me rellenas la copa en su lugar?

Theo resopló, pero aceptó la sugerencia y la guio a la siguiente sala, donde un bar los esperaba.

Ren echó un último vistazo a Landwin Brood. Estaba

sumido en una conversación, pero eso no impidió que sus ojos se alzaran hacia ella, al pasar.

«Al menos», pensó, «me considera digna de su atención».

Theo le consiguió una bebida.

El peso del vaso frío en su mano evocó otro recuerdo.

El año pasado, había dejado un vaso similar, cuando Timmons la sacó a bailar al balcón. La algarabía se había detenido cuando Theo subió al escenario y había llevado a cabo su infame truco, haciendo que un enorme instrumento se estrellara peligrosamente contra la ciudad.

Su peor momento, había sido una oportunidad para Ren; una puerta que se abría en la oscuridad y ella había tenido el valor de cruzarla...

Sin embargo, en ese momento sentía que no había vuelta atrás. Solo podía adentrarse más en las sombras y esperar que hubiera algo de luz esperándola al final.

La campana de la cena sonó antes de que pudieran dar su primer sorbo.

Theo la guio entre la multitud, dirigiéndose a la enorme mesa de banquete, en la esquina más alejada.

Ren se detuvo en el umbral, observando los asientos disponibles, y se sorprendió cuando Theo tiró de ella hacia la escalera.

—¿Qué... qué estás haciendo? —preguntó.

—Nos han pedido que nos sentemos arriba esta noche.

Levantó una ceja con curiosidad.

Theo sonrió ante su reacción. Era evidente que sabía que iba a suceder algo.

Ren sintió la adrenalina.

La planta superior estaba reservada para los lores y damas que gobernaban la ciudad. En esas fastidiosas cenas, los herederos solían sentarse en una mesa aparte, casi siempre un piso más abajo. Durante el verano, se habían encontrado en esa misma posición en numerosas fiestas, socializando con los jóvenes, que un día heredarían imperios.

En ese momento, sin embargo, se dejó llevar escaleras arriba, directa hacia el verdadero poder.

Tuvo que recordarse a sí misma que no había nada especial en las personas de esa sala. No corría por sus venas sangre o magia que los hiciera diferentes —o mejores—, a su padre y su madre, pero era difícil no sentir el peso de lo que significaban para la ciudad. Como si fueran figuras arrancadas de las páginas de un libro de Historia, volviéndose de carne y hueso ante ella.

Ahí estaba Able Ockley, el duelista más peligroso de la ciudad, absorto en una conversación con Ethel Shiverian —ella y su hermana prácticamente habían inventado la magia de levitación que mantenía Las Alturas a flote. Y eso sin mencionar otros cientos de hechizos—. El director de Balmerick, Priory Woods, tenía el rostro enrojecido por el alcohol, pero eso no impidió que el gran emisario se acercara a servirle más vino. También estaban presentes miem-

bros de las casas gobernantes: los Graylantians, los Proctors y los Winters. En la cabecera de la mesa se sentaba el virrey, con un sello dorado que confirmaba su poder.

Todos conversaban animadamente, mientras los sirvientes se movían, como fantasmas, a su alrededor.

Theo llevó a Ren junto al resto de los Broods.

Landwin permanecía en silencio. Su esposa, Marquette, siempre parecía estar ligeramente detrás de él, incluso cuando estaban sentados. Llevaba el cabello corto, con un lado bellamente afeitado, y parecía no interesarle ninguna de las conversaciones que se mantenían en torno a ella.

El sonido de una risa estridente atrajo la atención de Ren hacia el hijo mayor y heredero de la casa: Thugar Brood. Había aprendido que su gran debilidad era la carne, lo que significaba que rara vez reparaba en ella. Su cuerpo estaba en una condición física impecable, sin nada desperdiciado, y su esposa parecía salida de la fantasía de un borracho. Tenía la impresión de que, si un solo hilo de su vestido se deshacía, se derramaría sobre la mesa.

Junto a ellos estaba Tessa Brood, sentada con la espalda recta y las manos delicadamente entrelazadas frente a ella. Siempre le había parecido la más peligrosa del grupo: silenciosa e inteligente. Era una cantante famosa que había conseguido un puesto permanente en la mejor compañía de teatro de la ciudad. Al principio, supuso que era gracias al nepotismo, como sucedía casi siempre; sin embargo, al escucharla cantar, su voz parecía tejida en oro. Habría sido

más conmovedor si no hubiera oído a Tessa usar esa misma voz para destripar a los sirvientes por los errores más insignificantes. En ese momento, estaba inclinada levemente hacia su madre, murmurándole algo.

Theo y Ren ocuparon los dos asientos restantes. Sintió un leve rubor bajarle por el cuello, cuando su llegada pareció completar un rompecabezas tácito.

Al sentarse, cerrando el círculo, las conversaciones en la sala fueron apagándose. Los sirvientes se retiraron discretamente hacia las esquinas, casi fundiéndose con el papel tapiz.

El virrey se puso de pie, golpeando su copa con una cuchara.

Los cuentos de hadas de Delvean estaban llenos de reyes torpes. Reyes que fallaban en sus deberes y a los que llegaban magos para salvarlos, pero el virrey no encajaba en esas viejas historias. Su habilidad con la magia había sido insuperable en Balmerick —Ren sabía que algunos de sus récords aún perduraban en el tiempo, y aquello parecía algo indispensable para el hombre, que existía como principal contrapeso al poder de las cinco grandes casas—. Su cabello gris era espeso y largo, peinado con destreza hacia atrás. Tenía pómulos altos y una mandíbula estrecha, cubierta por una prolija barba plateada. Había ascendido hasta gobernar —era el segundo hijo de una casa menor—, y Ren se maravilló de su calma, mientras se dirigía a los miembros más acaudalados de la sociedad.

—Buenas noches —comenzó—. Tengo varios anuncios que merecen su completa atención, y luego volveremos a engordar y ser felices. Primero, hemos negociado un nuevo acuerdo con Ravinia. Las recientes sanciones contra el puerto libre han sido levantadas, por lo que todos ustedes podrán reanudar el comercio, que fingieron suspender los últimos tres meses. Todo puede volver a estar a la vista, como siempre. —Hubo algunos asentimientos y algunas copas alzadas—. A continuación, le pediré a Theo Brood que se ponga de pie.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ren. Se sintió como si también hubieran dicho su nombre.

Observó cómo su compañero de vínculo se ponía de pie. Su postura era un claro mensaje, escrito en la forma en que levantó el mentón, cuadró los hombros y se presentó ante la persona más cercana que tenían a un rey.

—Como muchos de ustedes saben, la defensa de nuestra ciudad —y de sus intereses—, es primordial. A pesar de todas las rivalidades mezquinas que existen entre las grandes casas, siempre hemos estado unidos por ese interés común. Si la guerra golpea nuestra puerta, todos respondemos. Si una plaga llega, todos compartimos el antidoto. Siempre ha sido así entre nosotros. En tiempos de paz, los mejores prosperan y sobreviven. Pero, en tiempos de prueba, la supervivencia de la ciudad es nuestra mayor prioridad. Kathor va primero.

»Por ello, tomamos muy en serio cualquier nombra-

miento para las defensas de la ciudad. No es una tarea menor ser uno de los escudos que se interponen entre Kathor y sus enemigos. Después de todo, hay muchos que disfrutarían al vernos caer. Cualquier persona que ocupe un puesto así, camina por el mundo llevando nuestro sello en nombre de nuestro pueblo. —El virrey inclinó levemente la cabeza y fijó la mirada en Theo—. Theo Brood, ¿te consideras digno de esta tarea?

Ren podía sentir las emociones que aquella pregunta despertaba en él. Este era un momento al que se había acercado, con paciencia, durante muchos años, y ahora que había llegado, no mostraba señales de nerviosismo.

—Estoy listo y dispuesto. Mi valía se probará con el tiempo, virrey.

Vio cómo los ojos del virrey se desviaban brevemente hacia la derecha.

Cuando Ren siguió su mirada, captó el más sutil de los asentimientos de Landwin Brood. Una confirmación silenciosa entre ambos. Luego, la atención del virrey volvió a centrarse en Theo.

—Bien dicho —afirmó el virrey—. Es un honor para mí, en nombre de la Casa Brood, aprobarte como el nuevo vigilante del valle. Estoy seguro de que estás familiarizado con este puesto. Después de todo, un Brood ha ocupado el cargo —o una versión de él—, durante casi un siglo...

Ren podría haber pasado por alto lo que acababa de suceder, si no hubiera sentido el dolor recorrer su vínculo.

Su estómago se revolvió y tuvo que emplear todo su auto-control para no reaccionar ante aquella oleada repentina de emoción. El dolor de Theo se filtró hacia ella. Su decepción inundó su mente. Finalmente, vio el problema. No estaba siendo nombrado guardián. El virrey había usado otro término.

—... el vigilante puede ser un título familiar, y el castillo de la montaña puede pertenecer a los Broods, pero también es una pieza fundamental dentro de la armadura que viste Kathor. Por lo tanto, me corresponde a mí dar la aprobación final a la persona que debe reclamar uno de los puestos más antiguos en la historia de nuestra ciudad...

Observó las reacciones de los demás justo cuando la vergüenza de Theo se afilaba hasta convertirse en algo punzante.

Alrededor de la mesa, las sonrisas dolían como dagas. Las peores provenían de su propia familia. Thugar parecía a punto de soltar una carcajada. Su hermana llevaba una sonrisa de condena. Los ojos de su madre estaban bajos. Landwin Brood ni siquiera se molestó en fingir una sonrisa. Simplemente, observó a su hijo asimilar el peso de lo que estaba ocurriendo.

Ren no pudo evitar admirar la forma en que Theo mantuvo el rostro neutral, mientras toda la mesa disfrutaba de la broma a su costa. Se mantuvo firme y fingió indiferencia.

En ese instante, Ren sintió un feroz sentido de lealtad

hacia él, algo completamente ajeno a su vínculo. Sintió deseos de alcanzar su varita y borrarles esas sonrisas del rostro. No había escuchado antes ese título específico, pero las expresiones alrededor de la mesa lo dejaban claro: no se trataba de un destino deseable.

—... tomarás unos días para reunir tus pertenencias y partirás hacia Nostra. Te marchas con la plena recomendación de esta ciudad, y el total apoyo de tu casa. Así como la confianza de tu gente. Todos, alcemos nuestras copas por el nuevo vigilante del valle de Kathor.

Un rugido de vítores resonó en la sala, seguido por el tintineo de las copas. Sin embargo, aquellos sonidos no lograron ocultar por completo los susurros curiosos que se esparcían por el salón.

Theo no reaccionó como Ren lo habría hecho. Simplemente, inclinó la cabeza, en lugar de marcharse furioso de la habitación. Sintió cómo ese pozo de enfado en su estómago comenzaba a hervir y se abría paso hacia algo que Ren encontraba mucho más útil: la ira.

Theo tomó asiento y se negó a mirar a ninguno de los miembros de su familia.

Ren esperó, hasta que los sirvientes comenzaron a servir el primer plato, distrayendo a los comensales cercanos, antes de preguntarle:

—¿Qué acaba de pasar, Theo? ¿Dónde está Nostra?

Tenía una vaga idea. Un recuerdo de algún rincón de un mapa.

—Exilio —susurró él.

Ren sintió que la sangre se le helaba.

—Mi padre me ha exiliado.

Mientras un plato aparecía frente a ella, Ren escuchó las palabras no pronunciadas al final de esa frase. Palabras que Theo jamás diría en voz alta, porque le importaba demasiado.

«Mi padre me ha exiliado... por tu culpa».

Ren no comprendía todas las implicaciones. Le faltaba contexto. ¿Era un exilio verdadero? ¿Algo más?

Durante un rato, los dos permanecieron en silencio, odiando a Landwin Brood con la misma intensidad. Comieron sin decir palabra, masticando como si fuera la única tarea que les quedara en el mundo.

Temas, que normalmente habrían fascinado a Ren, se sucedieron en la mesa. Teoría mágica y secretos de estado, todo ello entrelazado con el ligero tintineo de cubiertos, copas y risas.

Landwin Brood captó la mirada de Ren mientras servían los platos principales. Levantó ligeramente su copa: una provocación.

Había creído que su vínculo con Theo le abriría un mundo completamente nuevo, un torbellino de recursos, poder e influencia, y su oportunidad de comenzar a incendiar un imperio.

Pero ahora Theo se marchaba.

¿Esperaban que Ren lo acompañara? ¿O la abandonaría

aquí —como lo había hecho al inicio de la noche—, en este resplandeciente círculo de lobos? Solo pudo imaginar la tensión de estar separada de alguien con quien estaba vinculada. Quizás ese era el objetivo: romperlos.

En lugar de mostrar debilidad, Ren sostuvo la mirada evaluadora de Landwin Brood. Levantó su propia copa y esbozó una sonrisa vacía.

Resultó ser una de las mejores comidas que había probado en su vida.

DAHVID TIN'VORI

Tenía sangre en las botas y una capucha sobre la cabeza. Solo podía mirar hacia abajo. La capucha colgaba lo suficientemente suelta, como para permitirle respirar, y esa holgura creaba una pequeña rendija de visibilidad. Vio las salpicaduras escarlatas en sus zapatos, mientras atravesaban las dunas. Podía ver juncos marchitos, hierba asfixiada y arena gris, mientras subían y bajaban colinas.

Lo peor de todo era estar atrapado dentro de la capucha, con su propio hedor. No le habían concedido un viaje a los baños, tras su victoria en el foso de gladiadores.

El rugido de la multitud aún resonaba en su cabeza.

Se escuchó un clamor cuando dejó que el otro hombre girara inconsciente hasta tocar el suelo. Lo había enfrentado de manera justa, sin usar ninguno de sus tatuajes. Su oponente había sido el clásico bruto; tan fuerte y con la misma torpeza en el juego de pies, que un elefante.

Dahvid había danzado dentro y fuera de los golpes con facilidad.

«Al parecer, con demasiada facilidad».

Se dio cuenta de su error en cuanto miró el reloj de arena en la mesa del juez. Habían pasado menos de trece segundos desde el inicio de la pelea.

Más tarde, en la sala de entrenamiento, mientras Dahvid se desataba los vendajes de las manos, dos hombres entraron de forma silenciosa. Ambos llevaban el emblema del señor de la guerra más famoso de Ravinia.

El más alto de los dos, arrojó una capucha sobre su regazo.

—Póntela y ven con nosotros o deja la ciudad esta misma noche.

Un encuentro con Darling formaba parte del plan. El único problema, era el momento. Había esperado tener el primer contacto dentro de unos meses. No estaba listo. Necesitaba más tiempo.

Sintió cómo la presión en la nuca desaparecía. Se escuchó el tintineo de unas cadenas y, acto seguido, le retiraron la capucha. La luz del día lo cegó. Parpadeó hasta que las formas comenzaron a definirse.

Vio dos figuras frente a él, enmarcadas por un mar color vino oscuro. Las olas distantes mordisqueaban la costa, llenando el silencio. A su derecha se extendía una villa imponente.

A medida que sus ojos se ajustaban, supo que era una de

las casas más elegantes que había visto jamás. Mucho más lujosa que la propiedad de los Tin'Vori, aunque hubo un tiempo en el que muchos en Kathor envidiaban a su familia. Hacía mucho tiempo.

Dahvid se enderezó, fijando con cuidado su mirada en el primer hombre. Su hermana lo había preparado para este momento.

Darling no era una sola persona, sino dos.

El hombre que se hallaba al frente era la criatura más hermosa que había visto jamás. Ojos rasgados como el curso de un río. Un mentón orgulloso. Músculos marcados bajo la ropa, aunque tenía el cuerpo de un bailarín, más que el de un guerrero.

El único defecto que podía ver, eran los grilletes negros en cada muñeca. Dos cadenas serpenteaban por la arena, conectándolo con una segunda figura oculta en el fondo.

Dahvid evitó mirarlo directamente, pero, cuando Darling habló, escuchó ambas voces.

—¿Sabes quién soy?

Una voz angelical, brillante como una campana de iglesia. La otra, oscura hasta la última sílaba. Sonaba como piedra raspando contra otra.

Dahvid asintió.

—Te llaman Darling.

Se escuchó otro tintineo de cadenas, cuando la figura comenzó a pasearse.

Cuando el ángulo cambió, Dahvid podría haber

mirado al segundo hombre, que estaba sentado, pero no lo hizo.

—¿Y sabes lo que hago?

—Manejas los fosos de gladiadores.

—Manejo la ciudad —corrigió Darling—. Soy la sangre que bombea a través de Ravinia.

Dahvid echó un vistazo a la villa, a su derecha.

—Deben pagar bien.

Eso arrancó una risa genuina. Primero, fue profunda y grave, para luego terminar en una más ligera y musical, proveniente del principal interlocutor.

—Sí, se gana bien. Manejo siete fosos de gladiadores. Recibimos a diez mil personas cada noche. Nuestros luchadores estrellas ganan más dinero que los generales condecorados. Cada detalle está organizado. Las peleas están equilibradas. Hay un sistema, porque el sistema es lo que genera la demanda. Si sacase a mi mejor luchador todas las noches, eventualmente nadie querría verlo. Estas son las leyes básicas del comercio.

»Y tú... has creado un desequilibrio en ese sistema. La gente acudió a esa pelea para ver a Osezno. Es uno de los favoritos del público.

Dahvid evocó la imagen del hombre al que había enfrentado hacía menos de una hora. Recordó la nariz rota, los ojos en blanco, antes de que su cuerpo se desplomara sobre la arena.

—Ya no lo es —respondió.

Otra risa, aunque esta vez vino solo de la voz más musical.

—Las sorpresas son buenas —admitió Darling—. Pero los combates cortos... esos pueden ser un problema. No dudo que los sorprendiste. Seguro que rugieron de emoción. La expectativa crea su propia clase de magia. Pero luego se dieron cuenta de que no habría más rondas, ni más sangre, ni más combate. Su noche había terminado. Así, de repente. Si hubiera sabido que eras tan bueno, habría hecho otros arreglos.

Dahvid asintió.

—Nadie me pidió opinión.

Ninguno de los dos Darlings rio esta vez. Un silencio incómodo se extendió.

Dahvid sintió un escalofrío recorrerlo, mientras la figura delantera se detenía con las manos en las caderas.

A través del pliegue de su codo, Dahvid captó un destello del otro rostro. Un círculo sin color. No solo pálido, sino drenado, hasta ser de un gris moribundo. Sus labios estaban agrietados y rotos. Sus cejas se fruncían en una expresión de dolor crónico.

Era un hechizo que el resto de la ciudad fingía no notar.

Las cadenas que los unían eran conductos para el paso de un alma. Un hombre estaba conquistando con lentitud el ser físico del otro.

Tal magia estaba prohibida.

Para los pueblos Tusk, era una abominación.

Incluso Kathor, que valoraba la innovación, la habría condenado. Dahvid sabía que su gente siempre había preferido conquistas más legales.

—¿Aceptarías pelear bajo contrato? —preguntó Darling—. Bajo mi estandarte.

—Con entusiasmo.

—Bien. Se puede arreglar. Si satisfaces una única pregunta.

Dahvid inclinó la cabeza levemente.

—Quieres saber sobre la Casa Brood.

Darling pareció sorprendido por su franqueza.

—Sí. Mis servidores te han identificado como Dahvid Tin’Vori, de la caída Casa Tin’Vori. Fuiste uno de los pocos portadores de imágenes en todo Kathor. Es un rasgo raro, incluso para alguien con tanto linaje Tusk como tú. Según una gran cantidad de testigos, moriste hace siete años. Y, sin embargo..., aquí estás. De pie, frente a mi villa.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿La Casa Brood sigue buscándote?

—Es probable.

—¿Me causarán problemas?

—No lo creo. Cuando sus espías lleguen, verán a un luchador callejero. Un hombre que sobrevive día a día en la arena. Por supuesto, puede que algún día gane una buena suma bajo tu servicio, pero ellos vienen para asegurarse de que no tengo seguidores, ni contactos, ni ningún incentivo

para regresar a Kathor y vengarme. Y me encargaré de que eso sea exactamente lo que vean. No tienes nada que temer.

Dahvid pudo notar que aquella última frase molestó al señor de la guerra, tal como lo había planeado.

—No le temo a nadie —respondió Darling—. Ravinia es mía. Los Broods podrían navegar con todo su ejército hacia el norte, y tendrían suerte de llegar a la playa sin ser masacrados. No los temo, pero no tolero lapsos en la eficiencia. Una casa tan poderosa como la suya podría causar inconvenientes a mis negocios, así que darás un buen espectáculo y convencerás a sus espías de que has olvidado por completo su preciada ciudad. Haz eso, y podrás hacerte un nombre aquí.

Dahvid sabía que nunca podría olvidar Kathor.

Ni el modo en que el sol traspasaba las ventanas traseras de su antigua casa, ni el aroma del cacao y la canela, al caminar por las calles del Barrio Mercante. Recuerdos vívidos acudían a él, ya fuera despierto o en sueños, del único lugar que alguna vez había considerado su hogar.

Tampoco podía olvidar aquella oscura noche, años atrás. Esperando, como un cobarde, en el túnel de escape. Oyendo el sonido de las espadas sobre su cabeza, mientras los guardias morían para salvarlos. Sabiendo que su hermano ya estaba muerto y que sus padres ya ardían.

Todo eso volvía a su mente en ráfagas rápidas y dolorosas.

Pero, cuando habló, su voz no tembló:

—Considéralo hecho.

—Los contratos están en la mesa detrás de ti —indicó Darling—. Fírmalo y vete. Mis agentes se pondrán en contacto contigo. Tendremos que buscarte un buen nombre y construir tu reputación. La gente no compra entradas para ver sacos de carne estrellándose unos contra otros. Atraviesan las puertas para ver a hombres y mujeres, que les hemos hecho creer que son sus amigos más cercanos. Haremos lo mismo contigo.

Los ojos del señor de la guerra recorrieron abiertamente el cuerpo de Dahvid, ahora que lo veía como una posesión. Estaba acostumbrado a ese tipo de evaluaciones desde niño.

Todas sus prendas habían sido confeccionadas a medida —antes por su madre y ahora por su hermana—, pensando en sus famosos tatuajes de batalla. Había ranuras inteligentes en la tela, en lugares donde una persona normal nunca mostraría la piel. Cada una exhibía uno de sus tatuajes, o al menos los hacía accesibles. Era una necesidad en el combate, ya que requería contacto físico para activar su magia.

—He leído que los portadores de imágenes Tusk pueden combinar sus tatuajes... —comentó Darling con curiosidad.

Dahvid asintió.

—Se les llama berserkers. Yo no soy uno de ellos.

Intrigado, Darling apuntó hacia la marca en su garganta.

—¿Qué hace este? La flor.

No podía ver lo que señalaba, pero cada vez que se había mirado en un espejo, durante la última década, esa flor lo había observado como un tercer ojo. Había memorizado el diseño con los años: treinta y siete pétalos escarlatas rodeaban un centro dorado. La luz del sol tocaba la mitad derecha del tatuaje, como si un sol invisible flotara sobre su hombro izquierdo, proyectando su brillo.

Era el primer tatuaje que su hermano, Ware, le había dibujado.

Antes de que los Broods lo ejecutaran.

—La flor es un viajero escarlata.

—Sé lo que es. Te he preguntado qué hace.

Cada tatuaje contenía una magia poderosa. Dahvid tenía nueve en total, y el viajero escarlata era, sin duda, el más poderoso.

—Me permite existir fuera de las leyes de la naturaleza.

Darling sonrió ante la ambigüedad de la respuesta.

Las cadenas se tensaron, obligando a la figura hermosa a retroceder hacia la otra.

«Hacia el amo», se dio cuenta Dahvid. «El que está conquistando».

—Toda magia es una abominación —suspiró Darling—. Es solo que algunos hechizos son más bonitos que otros. Espero con ansias verte pelear. Firma los contratos y nos veremos en los fosos. —Luego, dirigiéndose a sus secuaces—: Pagadle.

Dahvid centró su atención en los contratos.

Los dos escoltas de Darling se adelantaron, haciendo mucho ruido, comentando los detalles del acuerdo. Uno de ellos llenó el saco que habían usado para vendarle los ojos con una tentadora cantidad de monedas; un anticipo por sus servicios.

Sabía que aquello era algo intencionado. Lo estaban tentando, atrayendo su atención, para ocultar la retirada de su amo.

Contra su mejor juicio, Dahvid se arriesgó a echar una mirada hacia atrás. La figura danzarina había recogido al hombre más pequeño, al que sabía que era el verdadero Darling. Lo transportaba a través de las dunas, llevándolo como a un niño. Las oscuras cadenas arrastraban polvo a su paso.

Antes de que los esbirros pudieran reprenderlo, Dahvid se volvió y firmó con su nombre.

Aquello era un comienzo, incluso si llegaba antes de lo esperado.

Sonrió ante la idea de sangre.

—¿Cuándo es mi primera pelea?